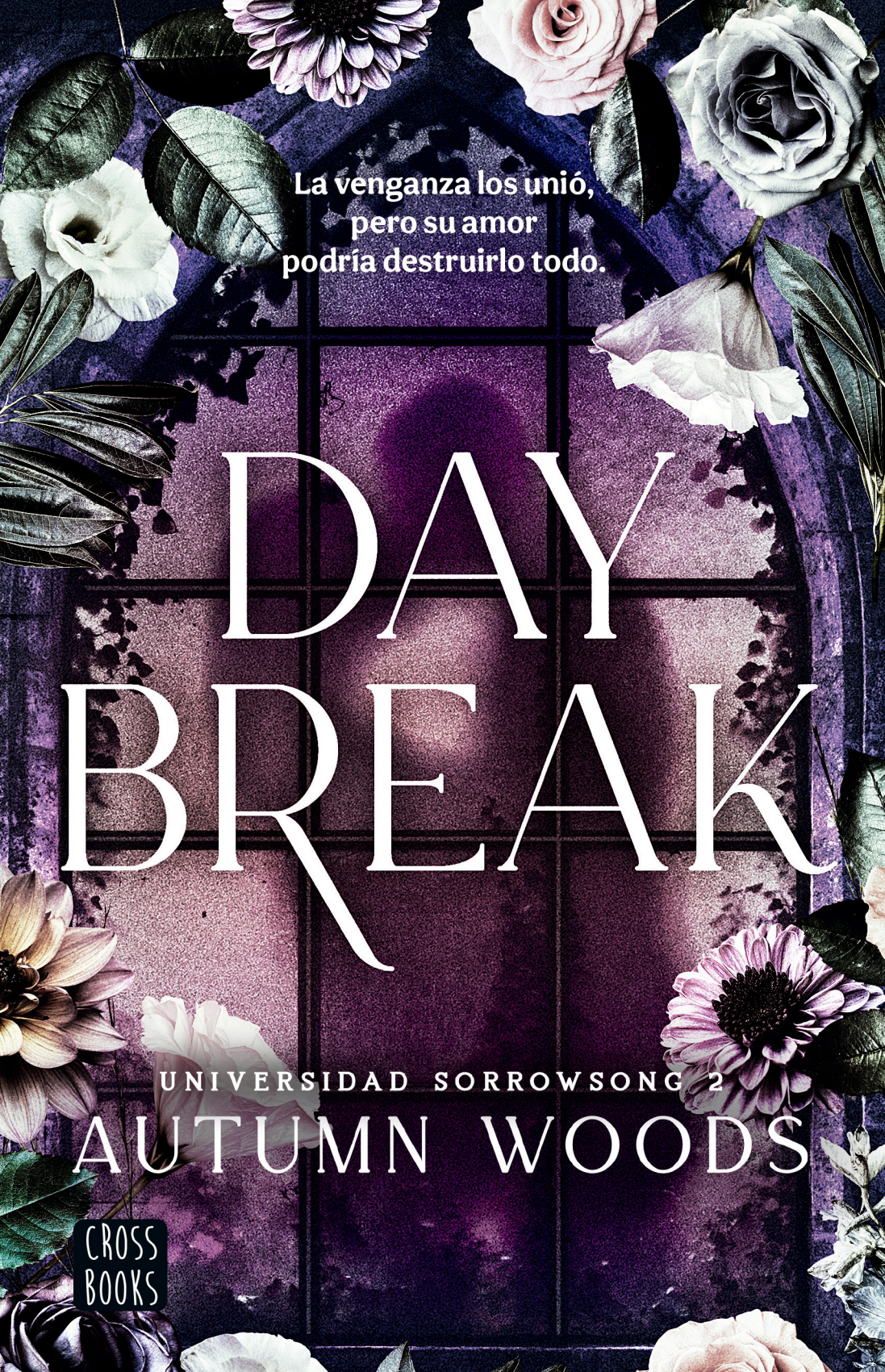

La venganza los unió,
pero su amor
podría destruirlo todo.
DAY
BREAK
UNIVERSIDAD SORROWSONG 2
AUTUMN WOODS
CROSS
BOOKS

UNIVERSIDAD SORROWSONG 2

AUTUMN WOODS

DAY BREAK



CROSS BOOKS

Prólogo

¿Sabes lo frustrante que es confiar en alguien, darle la oportunidad de convertirse en tu última esperanza, creer que podríais entablar una amistad, y que todo acabe siendo una farsa?

No sé de qué me sorprendo. Todo el mundo, *absolutamente todo el mundo,* me ha decepcionado.

Cuando muera, no habrá lápida ni funeral. Caeré en el olvido.

Solía pensar que la bondad era genética, que las personas malas nacían malas y las buenas estaban destinadas a serlo desde su nacimiento. Sin embargo, ahora veo lo mucho que me equivocaba, pues he presenciado mi propio deterioro: pasé de ser un bebé de ojos brillantes y lleno de esperanza, a una persona adulta, vacía y amargada, que lo único que desea es que le ocurran cosas malas a los demás.

En la mesa de la cocina, la cual se está pudriendo a causa de la humedad, como el resto del motel, miro mi móvil fijamente. Observo una foto borrosa de dos personas de pie junto a un hombre moribundo, un hombre que merecía morir.

Todos merecen morir. La chica, el profesor, los empresarios. Todos y cada uno de ellos merecen morir.

Paso de las fotos a los mensajes. Descubrir que Ophelia Winters tenía un acosador no fue ninguna sorpresa. Parece acumular enemigos con tanta facilidad que casi resulta admirable.

Han pasado dos días desde el último mensaje que le envié, pero no he obtenido respuesta. Miro por la ventana, aunque apenas hay visibilidad debido a la lluvia ensordecedora.

Me suena el portátil al recibir una notificación de una página de mensajería encriptada.

Anónimo
Lo he comprobado, ha vuelto a la universidad.

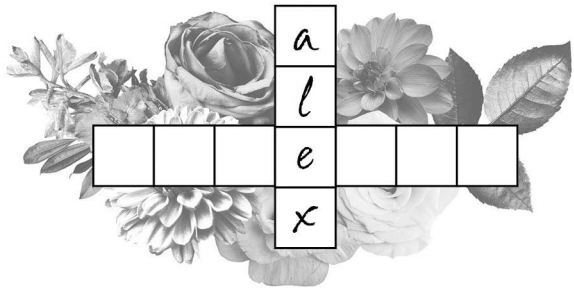
Su silencio es mi respuesta. Si no quiere venir a mí, tendremos que hacerlo por las malas.

Anónimo
He acabado. Cualquier otro trabajo se paga aparte.

Suelto una risa fría y seca; mi aliento se convierte en una nube blanca ante mis ojos. No podría pagar a otro *hacker* aunque quisiera. No me queda nada. La casa, las joyas, el dinero. La familia, las esperanzas, los sueños. Todo ha desaparecido.

No soporto más esta vida. Estoy preparada para irme.

Pero ¿irme sin ver a esa chica Winters suplicando por su vida, pidiéndome perdón? Nunca.



Capítulo 1

[BORRADOR]

De: Alex Corbeau-Green

Para: Ophelia Winters

Asunto: Consumismo (nombre): «Tendencia egoísta y frívola a acumular productos»

Han puesto una valla publicitaria interactiva frente al edificio de mi oficina. La odiarías. Publicidad e interacción forzada: las dos cosas que menos te gustan. Me estoy imaginando la cara que pondrías.

Joder, te echo de menos.

—¿Estás ayudando a la policía en la búsqueda de tu padre, Alex?

—¿Te pules la cabeza para que te brille tanto, Andre, o es natural? —le espeto al reportero que me sigue con desesperación hasta la entrada del edificio de Green Aviation por décima vez en cuestión de dos semanas.

Mi cigarro silba cuando lo tiro en el cubo de basura de la calle. A mis espaldas, el *flash* de una cámara me hace apretar los dientes.

—¿Cómo lo lleva tu madre? ¿Alguna novedad sobre su estado de salud?

Me trago el veneno que me sube por la garganta y dejo que los porteros de Green ahuyenten a la prensa entrometida.

Las puertas automáticas se cierran detrás de mí y, pese a la llamativa grandeza del recibidor del edificio, me entra claustrofobia al instante. Si Green es una pandemia de codicia y corrupción alrededor del mundo, entonces esta oficina reluciente es el epicentro putrefacto de todo, la joya brillante del imperio de mi padre.

De *mi* imperio, ahora.

Aunque, con suerte, no por mucho tiempo.

Asiento en respuesta a unos cuantos «buenos días» sin dejar de tamborilear los dedos contra el muslo y deseando que el ascensor se dé prisa. Sonya, mi publicista, aparece a mi lado. El olor empalagoso de su perfume hace que me pique la garganta.

—Ah, Alex. Te estaba buscando.

Echo un vistazo a mi alrededor en busca de un enchufe en el que clavar un tenedor, pero no hay suerte.

—¿Por qué?

—Tu rueda de prensa de mañana. Se me ocurrió que tal vez querrías hablar un poco sobre tu familia.

Al parecer, los seis ascensores que hay en este edificio han decidido parar en todos los pisos esta mañana.

—Es una conferencia de negocios.

—Lo sé, pero sería bueno para tu imagen. Un hombre de familia, un frente unido a pesar de lo que está pasando con tu padre.

Pulso el botón del ascensor tres veces más, como si fuera a servir de algo. Ese asqueroso reportero me ha dejado tocado.

—¿Usar la cabeza de Andre Jackson de *Insider Weekly* como bola de bolos sería bueno o malo para mi imagen?

—Alex, es una gran oportunidad para tranquilizar a los

accionistas y asegurarles que lo que esté pasando en casa no va a afectar a...

Por fin llega el ascensor. Pulso el botón del ático y espero hasta que solo veo una pequeña rendija del rostro de Sonya entre las dos puertas plateadas para decir:

—Le pediré a Jacqueline que te llame luego.

Me dejo caer contra el espejo, exhausto incluso antes de que el día haya empezado. La caja metálica claustrofóbica me dispara a una altura antinatural en este edificio de cristal monstruoso, pero mi ánimo sigue bajo tierra, como el garaje del sótano. Aun así, me enderezo el cuello de la camisa, relajo el semblante para evitar que se me formen arrugas, controlo el temblor que se apodera de mis manos y pienso en las siete mujeres por las que hago todo esto.

Las puertas se abren tras lo que parece una eternidad y me escupen frente al escritorio de Jacqueline. Por suerte, en la última planta reina el silencio; salvo por el sonido que provoca el martilleo de mi corazón dentro de mi pecho.

Golpeo el escritorio con los nudillos, una molesta costumbre de mi padre que, por alguna razón, he adquirido.

—Si Sonya te escribe para hablar conmigo sobre la rueda de prensa...

—Ya lo ha hecho. Subirá a las tres y media.

Joder, qué rápido trabaja esta gente.

—A las tres estoy ocupado.

Clava la vista en mi agenda, la cual se encuentra abierta en la pantalla de su portátil.

—¿Con?

—Tengo que... —Me froto la nuca—. Quitar las pelusas de entre las teclas del teclado.

—Buen intento —dice antes de tenderme un café—. Disfruta de la reunión.

Genial.

Jacqueline es una mujer bajita, con una forma de vestir caótica, de casi cuarenta años y, aunque me cae muy bien, se le da de pena su trabajo.

Entrevisté a doce personas para el puesto y once de ellas eran asistentes extremadamente organizadas con un currículum de un palmo de grosor. Más bien, parecía que me estuvieran entrevistando ellas a mí. Con sus tacones afilados, sus miradas depredadoras y sus uñas rojo pasión, que permanecían en mis antebrazos más tiempo del que me gustaría, me recordaron demasiado a las mujeres con las que encontraba a mi padre en cenas completamente inapropiadas.

Entonces, apareció Jacqueline; excesivamente puntual y cubierta de pegatinas infantiles. Mi investigación previa me confirmó que tenía tres hijos y que vivía en un apartamento en Queens. Parecía un ciervo deslumbrado por los faros de un coche, tal y como yo me sentía por dentro. Estaba igual de perdida que yo, pero cuando le hice una última pregunta, cuadró los hombros bajo su americana apretada y dijo: «No lo sé, pero encontraremos una solución».

Puso tanta fe en esas palabras que mis traumas paternales y yo no pudimos decirle que no. Además, prepara un expreso doble riquísimo.

Y, tal y como me prometió, estamos solucionando todos los problemas. El precio de las acciones de Green se está recuperando. La tormenta mediática continúa siendo intensa, pero ya no salimos en la portada de *todos* los periódicos.

En la superficie, todo va viento en popa, pero ¿por debajo? Estoy luchando por respirar.

Mi padre está desaparecido. El FBI se presentó aquí para detenerlo, pero no había ni rastro de él y nadie lo ha visto desde entonces. Ni siquiera un equipo de detectives privados junto con los mejores agentes del FBI logran seguirle la pista.

Me estoy volviendo loco, no consigo dormir, no tengo apetito.

Ah, y encima ahora soy el CEO de una empresa de casi mil millones de dólares. El *Financial Times* me llamó «el niño prodigio de Manhattan» cuando mi experiencia más cercana con la gestión de cualquier tipo de negocio ha sido crear una cadena de restaurantes en *Los Sims* con Charlotte y Mia. Creo que nuestro restaurante de comida «experimental» ni siquiera tenía paredes ni techo.

Tenía una vaga idea sobre cómo sería mi vida a los veintitrés. Pensaba que me convertiría en un arquitecto de apariencia fresca o dirigiría una pequeña empresa que yo mismo hubiera montado. Quizá estaría viajando por el mundo sin responsabilidades.

No entraba en mis planes convertirme en un director ejecutivo con la custodia parental de mis seis hermanas, organizar a escondidas las visitas de mi madre al hospital o pagar horas extra a la niñera mientras yo estoy atrapado en un salón de conferencias de cristal. No me imaginé que me pasaría las tardes discutiendo con ellas por lo mucho que odian que un cuerpo de seguridad las siga durante todo el día.

En el despacho de mi padre —bueno, el mío—, el sol sangra sobre el horizonte de Nueva York y tiñe la pared frente al escritorio de un tono de rojo macabro.

Y, aun así, a pesar de *todo* esto, me paso los días con una pelirroja de ojos marrones en la cabeza. No he podido pensar en mucho más desde el mes en que la vi por última vez.

El cristal de la ventana está frío contra mi frente, cada una de mis respiraciones profundas empaña el ajetreo de la mañana en la ciudad. La luz sobre el río es del mismo color que el pelo de Ophelia.

Me fui sin decir nada.

Para hacer más llevadero el proceso de mirarme al espe-

jo, me convenzo de que el hecho de que mis abogados me pidieron que no contactara con ella es la única razón por la que nunca envío los borradores que se acumulan en mi ordenador, pero sé que no es cierto. Hay una parte de mí que piensa que no me la merezco y otra que está herida. Una me recuerda que he convertido su vida en un caos de atención pública y de acoso, y la otra atormenta mis noches con una pregunta que no me atrevo a hacerme durante el día.

«¿Fue real?».

Creo que ya he aceptado que el motivo de que Ophelia apareciera en mi vida era recabar información, pero lo que me mantiene con los ojos abiertos hasta las tantas es intentar imaginar en qué momento exacto cambiaron sus sentimientos. ¿Fue real cuando estaba tumbada bajo el sofá del despacho de Carmichael? ¿Fue real cuando la encontré inconsciente en el lago? Seguro que fue real el día después de Navidad, cuando me sostuvo la mirada dentro de mi coche, jadeó mi nombre y me hizo sentir que era más que suficiente.

Necesito con todas mis fuerzas que eso fuera real.

Pero detrás de todo eso, me hago una pequeña pregunta, una que ni siquiera estoy seguro de tener derecho a hacer.

«¿Cómo pudo hacerlo?».

No sé cómo ese artículo se filtró a la prensa. En el fondo me cuesta creer que lo hiciera ella, pero, al fin y al cabo, sí fue ella quien lo escribió. Sabía lo que provocaría en mi familia. Envió a mi padre a la locura, hizo que guardara armas y ropa en una bolsa antes de amenazar a Fleur y al ama de llaves cuando intentaron impedir que escapara. Ha puesto a mis hermanas en la portada de todos los periódicos, en todos los foros de cotilleos.

Menudo desastre.

Cada vez que me ducho y me afeito por las mañanas, la imagen de mi padre me devuelve la mirada desde el espejo.

Me estoy convirtiendo en él, como siempre dijo que ocurriría. Puedo intentar fingir que soy como mi madre, dulce, amable y buena, pero ese espejismo se está resquebrajando. Soy un cincuenta por ciento mi padre y eso es algo de lo que nunca podré escapar. Cada pensamiento positivo tiene una sombra que lo sigue, mordiéndome los talones por muy rápido que corra.

Odio lo fácil que me resulta interpretar este papel. Cómo puedo oír su voz guiándome en reuniones, en informes financieros, en negociaciones complicadas. Me entrenó para convertirme en CEO, pero ojalá me hubiera enseñado a ser un hombre.

Hay una especie de enfermedad que viene con el dinero: cuanto más tienes, más lo ansías. Siempre hemos sido ricos, pero cuando los ceros empezaron a acumularse en el patrimonio de mi padre, se convirtió en un hombre distinto. Es una adicción. Te hace perder de vista lo que verdaderamente importa.

Se acabaron las vacaciones, las cenas familiares, los regalos de Navidad. Todas las cosas que debería haber estado haciendo con su dinero se acabaron. Invirtió todo en Green. Vendió su alma a cambio de la promesa de adquirir más riqueza.

Por mis hermanas, me niego a caer en ese mismo agujero.

No sé en qué momento Jacqueline aparece en el umbral de la puerta y se aclara la garganta para leer algo en su *tablet*. Solo la estoy escuchando a medias, garabateando con desgana la figura de una mujer en mi cuaderno. Como todos mis bocetos últimamente, termina pareciéndose a Ophelia. La suave curva de sus caderas al caminar, las líneas delicadas de su vientre cuando se sienta, los músculos de sus brazos... Lo tengo todo grabado en la memoria, como un tatuaje, imposible de borrar.

Soy incapaz de hacer un dibujo que no se curve, se doble o fluya de la misma forma en la que lo hace su cuerpo. La quiero. Joder, *la amo*, pero quizá tenía razón. Somos la persona correcta en el universo equivocado. Es demasiado caótico, demasiado *complicado*, como siempre solía decir.

Cuando llego a casa, cuando mis hermanas están en la cama y mi ordenador de trabajo apagado, me quedo sin ninguna distracción que me la saque de la cabeza. Se convierte en cada uno de mis pensamientos, en cada una de las exhalaciones temblorosas que dejo escapar. Es la protagonista de mis pesadillas más dolorosas y de mis sueños más carnales.

Sin sus suaves muslos, su deprimente cinismo y su moqueo, mi vida ha vuelto a teñirse de gris. Me dolería menos si no hubiera probado lo dulces que llegan a ser los demás colores.

Soy tan malo como dice Harwood: estoy obsesionado con ella de una forma insana e inmadura.

«Harwood». Eso es lo que necesito. Quizá mi terapeuta pueda arreglarme. «De bajón» no es una expresión lo bastante fuerte como para describir mi estado de ánimo de estos últimos días. Estoy deseando hablar con él, pero está en Nigeria con su familia hasta el fin de semana.

Aparto todos esos pensamientos y le pido a Jacqueline que se retire antes de llamar a Mike y a Luis, otros dos ejecutivos que me ayudan a dirigir la empresa. La prensa puede elogiarme todo lo que quiera, pero la mitad de las decisiones de las que me han atribuido el mérito en las últimas semanas son gracias a sus consejos.

En cuanto termine la primera fase de mi plan —estabilizar el barco—, pasaré a la segunda: encontrar a alguien que me sustituya. No soy tonto. Sé que un chico de veintitrés años sin pasión ni ganas de mejorar la empresa no es la mejor opción para dirigirla. Estos dos son la mejor alternativa

que tengo ahora mismo. Solo que no puedo confiar en ellos plenamente. Debo asegurarme de no dejar Green en manos de alguien como mi padre.

Mientras tanto, el sueldo no está nada mal. He contratado a un chef privado para los días laborables, un equipo de seguridad y otra niñera, además de asegurarme de que mi madre recibe la mejor atención del mundo. Pagué una absurda cantidad de dinero para comprar el Land Rover que alquilé durante las vacaciones para visitar a Ophelia y pedí que me lo enviaran aquí. Dejarlo en el concesionario me parecía un crimen.

Ahora permanece en el garaje subterráneo como si se tratara de un artefacto de valor incalculable, un museo de mi tiempo con ella. A veces me quedo sentado dentro solo para intentar saborear su aroma a canela.

«Puede que no esté llevando del todo bien la ruptura».

Ya está oscureciendo cuando entro en el garaje de nuestra casa de arenisca, seguido por un coche de seguridad negro. Aparco en el hueco vacío entre el Museo Oficial del Land Rover de Ophelia Winters (todavía está pendiente el registro de la marca) y el Audi blanco que le regalé a Fleur la semana pasada por su decimoséptimo cumpleaños.

Salgo del coche y le doy un repaso rápido en busca de posibles rastreadores. No sé dónde está mi padre; ni si siente un inmenso orgullo por haber protegido su preciada empresa del colapso total o una rabia homicida por haber adquirido su puesto después de que mi novia le dedicara el mayor corte de mangas metafórico de la historia. Dudo mucho que sea lo primero.

Me subo en el ascensor, salgo y abro la puerta del vestíbulo principal. Mi hermana pequeña, Josie, se lanza hacia

mí vestida con un disfraz de Batman, la capa ondeando a su espalda.

—¡Ha llegado Alex! —chilla con un tono de voz que solo una niña de siete años hasta las cejas de azúcar puede alcanzar.

Se estrella contra mí y me rodea la cintura con los brazos. Suelta un «uf» dramático y murmura algo sobre lo mucho que me ha echado de menos, sobre cómo las doce horas desde la última vez que hablamos han sido las más largas de la historia. Mentiría si dijera que no se me derrite *un poquito* el corazón.

—¿Hoy te tomas la noche libre de luchar contra el crimen?

Ella agita la capa.

—Sip, estoy de vacaciones. ¿Has tenido un día chachi?

—No sé si «chachi» sería la palabra correcta. —Le coloco una mano en la parte alta de la espalda y la guío hasta la cocina, donde mis otras hermanas, Mia, Evie, Éléanor y Charlotte, discuten sobre cuánto deben estirar la masa para las galletas. La ausencia de mi hermana mayor no me sorprende, Fleur no lleva muy bien todo esto, y con razón.

Odio todo lo que ha pasado. Odio que la publicación de ese artículo haya sido como lanzarles una granada a sus vidas y que los pedazos ya nunca vuelvan a encajar como antes.

Levanto el bol de la masa de la encimera de mármol. Se las han ingeniado para usar todas y cada una de las ollas, sartenes y utensilios de cocina, lo cual es impresionante.

—Ay, qué detalle, chicas. Gracias por las galletas.

—¡Son para llevar mañana a clase! —protesta Charlotte, e intenta arrebatármelo.

Robo un poco de masa. Joder, está buenísima. Sabe a vainilla. Sabe a mi infancia, a cuando mi padre todavía quería a mi madre y ella todavía se quería a sí misma.

—¿Qué tal el cole? —les pregunto, dejando el bol en su sitio y abriendo la nevera para sacar una cerveza sin alcohol. Me llueven cinco respuestas distintas al mismo tiempo mientras el chef asoma la cabeza por la puerta de la cocina trasera.

—Buenas noches, señor. ¿Le parece bien un pastel de pollo?

Abro el botellín.

—Perfecto. Gracias.

Tener a alguien en casa para que nos cocine es una bendición. Sin el personal, nos atiborraríamos a macarrones con queso de caja. Arranco la pegatina del botellín y siento una opresión en el pecho.

¿Quién le cocinará a Ophelia cuando tenga que volver a casa de sus padres durante las vacaciones de Pascua? La pobre ni siquiera sabe cortar una cebolla.

Mientras miro fijamente seis baldas a rebosar de productos frescos y comidas caseras con las discusiones de mis hermanas como banda sonora, vuelvo a ser consciente de lo privilegiados que somos. Cierro la puerta de la nevera, pero la ráfaga de aire helado no es nada comparada con el escalofrío que sentí al entrar en la casa de Ophelia en Navidad.

No puedo sacarme ese día de la cabeza: el silencio, el vacío, el océano de resentimiento que cruzó solo para dejarme entrar en su vida y, joder, la he cagado hasta el fondo.

Creo que nos he roto tanto que ya no tiene solución.

Me siento en la isla de la cocina, observando cómo las cinco cortan la masa en círculos de diversos tamaños. He vivido el tiempo suficiente en una casa llena de mujeres como para saber que, cuando se callan, es porque he interrumpido algo.

—Vale —digo despacio, antes de darle un trago a la cerveza—, ¿quién tiene una cita?

Silencio.

—Fleur tiene novio nuevo —suelta Mia finalmente. Las demás la fulminan con la mirada.

«Mantén la calma, Alex. No te alteres».

Aprieto el móvil con fuerza mientras reviso las cámaras de seguridad de la casa, paranoico.

—¿Quién es?

—Es modelo.

Bloqueo el móvil, intentando controlar mi instinto protector. Los modelos son lo peor, sobre todo los del círculo de Fleur. Qué irónico que los tíos que se pintan las uñas son siempre los más misóginos. Seguro que la está utilizando para ganar fama.

—¿Está aquí? ¿Arriba?

Todas se quedan en silencio. Está claro que se han puesto de acuerdo para guardar el secreto. Incluso Mia baja la mirada al suelo, con las puntas de las orejas rojas. Se me agria el humor. Vuelvo al recibidor y subo por la escalera de la izquierda, pisando lo más fuerte que puedo para darle tiempo a parar... lo que sea que estén haciendo.

—¿Fleur?

—¿Qué?

—¿Puedo pasar?

—No.

Apoyo la frente en la puerta.

—¿Bajas a cenar?

—No.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—Freddie —responde una voz masculina. Como diría Ophelia, suena a gilipollas—. Hola, tío.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto, y oigo a Fleur mascullar un insulto.

—Dieciocho.

Puedo oír la voz de Harwood en mi cabeza, recordándo-

me por millonésima vez que mis hermanas son personas con vida propia, con derecho a cometer sus propios errores. Con los dientes apretados, intento hacer que el cabronazo se sienta bienvenido.

—Me encantaría veros a los dos en la cena, colega.

«Y quítale las viscosas manos de encima a mi hermana».

—Déjala vivir, Alex —dice una voz suave a mis espaldas. Mi madre sale de su dormitorio al final del pasillo, vestida con ropa cómoda de cachemira en color crema. Lleva el pelo oscuro suelto sobre los hombros, brillante, pero más fino de lo que solía ser. Se la ve bien, aunque camina sobre la cuerda floja entre un subidón maníaco y la inminente caída.

El último mes no ha sido nada fácil para ella. Si pensaba que no podía adelgazar más, lo ha conseguido. En cada visita al hospital me dicen que su corazón está cada vez más débil, atrofiándose como la vida detrás de sus ojos. La paranoia ha empeorado, la ansiedad de que todo el mundo conspira contra ella la consume. Se tiró tantos años sin tratarse el trastorno bipolar con mi padre que ahora es difícil compensar los efectos que este tiene en su salud. Días así, días estables en los que es fácil reconocer a la mujer que se esconde tras el agotamiento, son cada vez más escasos.

Suena macabro, pero siempre que llego a casa y sigue con vida es todo un alivio. Probablemente ella sienta lo mismo conmigo.

—Lo intento. Pero a saber qué le podría hacer ese tío ahí dentro. No lo conocemos de nada.

Mi madre me engancha del brazo para que la ayude a bajar su cuerpecito frágil por las escaleras.

—Tu primera novia era una buena pieza, eh. ¿Te crees que no lo supe en cuanto la vi entrar por la puerta? Te utilizó para aprovecharse de tu fama y dinero. Pero dejé que lo descubrieras por ti mismo.

Sonrío.

—Y ahora sé que debo evitar a las que retransmiten en directo nuestra primera cita.

Su risa es baja, pero está ahí.

—Exacto. ¿Cómo se encuentra Ophelia?

Un pinchazo de dolor me atraviesa el pecho.

—Está bien.

Me lanza una mirada acusatoria.

—Sigues teniendo a alguien vigilándola, ¿verdad?

—Ophelia estuvo igual de implicada que nosotros en todo este desastre. Sería una tontería no pedirles a los hombres de Vincenzo que le echen un ojo. Es la jugada más inteligente. —Y la idea de que alguien pueda hacerle daño me quita el sueño, pero sí, la jugada más inteligente.

—¿Has hablado con ella? —me pregunta mientras la conduzco al enorme despacho de mi padre... quiero decir, *mi* despacho, y la ayudo a sentarse en la silla del escritorio.

—No.

—Alex.

—Utilizó nuestra vida familiar, tu enfermedad, que papá... bueno, lo que cojones hiciera papá, contra nosotros.

—Contra tu padre —me corrige—. No contra nosotros. Dudo que quisiera hacernos daño.

Arrastro una silla junto a ella y me siento, encendiendo el portátil.

—Mencionó tu nombre.

—Antes de conocerme, cariño. Imagínate que me muero mañana. Imagínate que Fleur y yo nos morimos mañana en un accidente de tráfico en la autopista y el culpable se da a la fuga.

Me estremezco mientras miro el correo.

—No digas esas cosas.

Me acaricia el pelo con las uñas. Me entran ganas de llo-

rar. De acurrucarme en el regazo de una mujer que, realmente, ya no existe, al menos no como yo la necesito.

—Pero imagínatelo, cielo. ¿Qué harías si supieras quién conducía el coche?

—*Maman* —suspiro, y me paso las manos por la cara—. Ya le he dado demasiadas vueltas. Me da igual lo que le hizo a Cain, me importa lo que os hizo a ti y a las niñas. Además, dudo que ella fuera a perdonarme por haberme ido como lo hice. Por no hablar de la distancia. Y podría seguir así eternamente.

—Dile que tu abogada te pidió que no te pusieras en contacto con ella.

—Es una excusa barata. No me he puesto en contacto con ella porque soy incapaz. El consejo de Helen no tiene nada que ver.

—Puede que ella escribiera ese artículo, pero ambos sabemos que no fue quien lo filtró —continúa, como si me estuviera planteando algo en lo que no hubiera pensado ya durante las incontables noches sin dormir del último mes. Como si esta no fuera la millonésima vez que tenemos esta misma conversación.

A Ophelia y a mí nos separan miles de kilómetros y un vasto océano de desconfianza, todo el progreso que habíamos hecho naufragó hasta el fondo.

—No importa, mamá. Estoy intentando seguir adelante con todas mis fuerzas. Aunque lo arregláramos, yo estoy aquí y ella está allí. No puede subirse a un avión para venir a verme.

—Pero cuando renuncies...

—Mamá —la cortó con suavidad—. Por favor, déjalo.

Unos dedos delicados me apartan un mechón de pelo oscuro y demasiado largo de la frente. Me dedica una mirada cargada de una emoción que no logro identificar. Se le acumulan las lágrimas en las espesas pestañas negras.

—No lo digas. —No puedo volver a oírlo.

—¿Decir el qué?

—Que me parezco a él. Es lo primero que dice la gente cuando entra en mi despacho.

Le tiembla el labio inferior.

—Iba a decirte que siento mucho que hayas acabado en esta situación, que hayas terminado en el único trabajo que siempre dejaste claro que no querías. Que seas la única figura paterna en sus vidas. Iba a decirte que siento mucho que hayas...

—*Maman,* no.

Una lágrima solitaria le resbala por la mejilla.

—... acabado con una madre como yo y un padre como él.

—Eres la mejor madre que conozco —susurro al rodearle los hombros huesudos con un brazo—. Y lo digo en serio.

—Lo siento muchísimo.

Giro su silla para que vuelva a mirar el portátil.

—Fin de la conversación. Mira esto.

Abro un correo de Jack que leí antes, mi compañero de *rugby* de Sorrowsong. Es una cadena reenviada de correos entre sus padres: un neurocirujano de alto nivel y una psiquiatra.

Ella se inclina hacia la pantalla, la luz azul salpicándole los delicados pómulos.

—¿Otra medicación? Alex...

—Ha dado muy buen resultado en los ensayos clínicos. Todavía la están empezando a distribuir.

—¿Los conoces?

—Su hijo está en mi equipo de *rugby*... En mi antiguo equipo de *rugby*.

—Puedes volver a Sorrowsong. No lo descartes.

—Tengo veintitrés años, mamá. Soy demasiado mayor como para volver a empezar.

Ella se ríe y se aparta el pelo del rostro con una mano temblorosa.

—Yo también era así a tu edad. Creía que se me acababa el tiempo cuando apenas era una niña.

—Iba a programar una llamada con sus padres para que nos den más información. Están dispuestos a volar desde California para hablar contigo. Hipotéticamente hablando... ¿te interesaría?

—Sí, pero... he pasado por muchos tratamientos, Alex, y todos parecían prometedores al principio. Mi mente está cansada y mi cuerpo agotado. No quiero morir en una mesa de operaciones con la pequeña esperanza de una vida más larga. Solo quiero vivir el tiempo suficiente como para estar presente el día de tu boda.

Se me quedan los dedos inmóviles sobre el teclado.

Ophelia en el altar. Flores en la mano, gotas de lluvia en el pelo. Algún vestido ridículo, de segunda mano, demasiado grande, probablemente marrón. Unos votos tartamudeados por los nervios y toda una vida de paz.

Incluso en mi imaginación, lo veo borroso. Un futuro lejano que nunca mereceré. Podría soñarlo hasta que los últimos hilos de cordura se deslicen entre mis dedos.

Y, aun así, seguirá siendo un sueño. No tengo el valor suficiente para decírselo a mi madre. O quizá simplemente me niego a admitir que ya he renunciado a ello.

Empiezo a escribir un correo de respuesta, ignorando los sesenta nuevos mensajes que he recibido desde que salí de la oficina.

—Programaré una llamada con ellos.

Ingrid y Emilia, el ama de llaves y la niñera, se unen a Charlotte, Evie, Mia, Josie y a mí en la mesa del comedor comple-

tamente blanco. Para mi sorpresa, la conversación es bastante animada. Ingrid se está quejando con dramatismo de su marido, Russell, lo cual es una pésima idea porque Russell es nuestro chófer, y Josie repite absolutamente todo lo que oye palabra por palabra. Pero no hay forma de detener su exagerada imitación de la ruidosa forma de masticar de Russell, y merece la pena solo por oír a las niñas reírse.

Ingrid es una de esas personas: como si una salsa casera con demasiado aceite, los abrazos que huelen a perfume viejo y el aliento a café hubieran adquirido una forma humana. Y lo digo como un cumplido. Lleva años trabajando aquí bajo el título de ama de llaves, pero hace muchísimo más que eso.

Cuando mi padre llegaba a casa y descargaba contra mí sus frustraciones sobre la cadena de suministro, ella aparecía torpemente en la cocina pasada su hora de acostarse y tardaba una media hora en prepararse una taza de té solo para que él se aburriera lo suficiente como para dejarme en paz.

Y Josie no se come un sándwich que no haya preparado Ingrid, así que haría cualquier cosa con tal de tenerla aquí.

Fleur y Freddie bajan cuando ya vamos por la mitad de la cena. Freddie todavía se está poniendo su jersey con cremallera de Ralph Lauren cuando entran, lo que me da ganas de clavarle el cuchillo en la retina. Lleva el pelo rubio engominado hacia atrás y los chinos perfectamente planchados. Otro clon de Shawn Miller. Idiota. Le dedico un leve asentimiento solo por Fleur.

—Eh, tío. Me encantó tu comunicado a los accionistas de ayer.

—Gracias —murmuro, aunque lo que quiero decirle es que se busque un pasatiempo más impresionante que ver ruedas de prensa con dieciocho años—. Siéntate, hay comida de sobra.

Lo hace y se aparta el estúpido pelo de los ojos.

—Entonces, ¿vas a ir a la universidad, Freddie?

—Nah, no creo. Seguramente montaré un negocio, o un pódcast, o algo así.

«Me cago en la hostia. Código rojo. El tío quiere montarse un pódcast».

—Igual deberías darle una vuelta —sugiero.

Fleur pone los ojos en blanco, igual de cansada de esta conversación que yo.

—Cállate, Alex.

—¡Fleur! —la reprende Mia después de apartarse la cortina de pelo oscuro para fulminarla con la mirada. Niego con la cabeza en un intento de calmar la situación. Mia, más que ninguno de nosotros, ha heredado la terquedad de papá, por lo que nunca rechaza una confrontación.

—No eres mi padre, Mia. —Se vuelve hacia mí. El interés de Fleur por tener cualquier tipo de relación conmigo murió el día en que, según ella, elegí a Green por encima de mis hermanas cuando el artículo salió a la luz—. Y tú tampoco.

—Legalmente, lo soy. —Por ahora. Hasta que mamá mejore.

«Mamá no va a mejorar».

—Y eso te encanta, ¿verdad? Es tu oportunidad de convertirte en *él*.

—Fleur —le advierto con tono cortante.

—Bueno, ya lo has hecho, ¿no? —Mira su reloj. Pasan de las nueve de la noche, es demasiado tarde para que una niña de siete años esté cenando—. ¿Otra vez cenando a las tantas? ¿Otro accionista al que apaciguar? ¿Otra reunión que se alarga?

—Fleur —la reprende Mia, golpeando los cubiertos contra la mesa—. Deberías alegrarte de que esté intentando mantener a la familia unida.

—Llega tarde a casa, pone a Green por delante. Eligió el precio de las acciones por encima de nosotras cuando más lo necesitábamos. Cuando podríamos haber muerto por culpa de nuestro propio padre, prefirió irse a la oficina de Nueva York. ¿Te suena?

La comida se me convierte en ceniza en la boca. Pequeños fragmentos del monstruo que vive en mí se deslizan por mi torrente sanguíneo, pero, como siempre, se quedan ahí. No podría desquitarme con ellas ni en broma, no puedo permitir que ese nubarrón negro invada el comedor y asfixie a mis hermanas. Así que dejo que me devore por dentro.

Necesito arreglar esto antes de que no quede nada de mí.

Estoy desesperado por levantarme de la mesa. Desesperado por salir hecho una furia, encerrarme en el despacho y darle la razón a Fleur. Pero no lo hago. Me quedo y escucho cómo dispara su amargura contra mí, porque marcharme me convertiría en mi padre y no puedo hacerles eso.

—Siento mucho que me veas así, Fleur —consigo decir cuando hace una pausa para tomar aire.

No la culpo. Me fui a Nueva York y mi padre le puso un ojo morado. Me fui a Nueva York y Fleur usó su tarjeta de crédito para esconder a todas mis hermanas en un hotel en París cuando un ejército de cámaras y reporteros se atrincheró en la misma calle. *Elegí* Nueva York, y Fleur se interpuso entre la furia de mi padre y nuestra ama de llaves.

Puedo darle infinidad de vueltas a si tomé la decisión correcta o no, pero eso no cambiará el hecho de que me necesitaban y yo no estaba allí.

Mia me atribuye el mérito de mantener unida a la familia, pero fue Fleur quien controló la explosión. Yo solo estoy apretando los nudos que ella ató bajo una presión astronómica. Soy yo quien reserva citas médicas, se asegura de que la nevera esté llena, mantiene la seguridad estricta, habla con

los profesores y entrevista a niñeras, pero es Fleur quien se encarga del trabajo que el personal no puede hacer.

Es ella quien lidia con los dramas de amistad de mis hermanas, los problemas de autoestima y todas las dificultades que entraña ser una chica adolescente. Es ella quien hace las cosas que hacía mi madre antes de su abrupto deterioro en estos últimos dos años. No debería ser su responsabilidad, pero, aun así, lo hace.

Fleur y yo estamos en el mismo barco, pero ambos nos estamos ahogando.

—Quizá Ophelia quiera besarte otra vez, Ally —interviene Josie para echarme una mano. Me inclino hacia ella y le limpio la salsa de la barbilla.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Alguien hizo un *edit* de tu rueda de prensa para los accionistas —responde Evie, que parece igual de desesperada que yo por cambiar de tema.

—¿Un *edit*?

—Sí, como clips tuyos editados con música sexi.

A mí no me parece muy sexi, pero me lo tomaré como una victoria necesaria.

—«Es una nueva era para Green Aviation y para mí es todo un privilegio formar parte de ella» —dice Éléanor, imitando mi voz. Incluso Fleur se ríe un poco.

—Que os den a todas —replico con mejor humor.

—«Es una nueva era para Green Aviation» —repite Charlotte a la vez que se desabrocha el primer botón de la blusa y flexiona los hombros.

—Madre mía —murmuro entre bocado y bocado, pero mi voz se pierde entre las risas. Cada vez que estoy a punto de subirme un poco el ego, estas idiotas me lo bajan de un plumazo.

Conseguimos terminar la cena sin otra pelea. Fleur no toca

su plato, así que lo guardo en una caja en la nevera con la esperanza de que se lo coma más tarde.

Acuesto a Josie y a Charlotte a las diez y media, respondo a un par de correos y, milagrosamente, todavía saco algo de tiempo para entrenar en el gimnasio del sótano.

—Mañana tienes clase —bufo mientras coloco las pesas en su sitio cuando Mia entra tambaleándose con su enorme botella de agua y una bolsa de patatas fritas casi a medianoche. Mi frustración no suena convincente. Mia siempre me hace compañía mientras entreno. Yo levanto mancuernas y ella levanta galletas hasta metérselas en la boca.

—Siento lo de Fleur —comenta al sentarse en la cinta con su aperitivo.

Le doy un empujón con la punta de la zapatilla.

—Aparta, renacuaja. Voy a correr. —Se arrastra hasta la esterilla de al lado, llenando la cinta de patatas. Crujen bajo mis pies cuando me subo—. Pásatelo bien barriendo todo esto.

Ella muerde otra patata, absorta en sus pensamientos.

—Ignora a Fleur.

—No quiero ignorarla. Ignorarla fue justo lo que me metió en este lío. Quiero ayudarla.

—¿Por qué no viniste, Alex? —susurra, tan bajo que apenas la oigo con el zumbido de la cinta. Bajo un poco la velocidad para poder escucharla mejor.

—Quería hacerlo, Mia. Más que nada. Pero estaba —estoy— harto de él, deseaba sacarlo de nuestras vidas. Si Green caía en las manos equivocadas, si alguno de sus colegas igual de corruptos se convertía en CEO, entonces sería como si a papá nunca lo hubieran despedido. Seguiría teniendo un poder ilimitado, habría hecho desaparecer los artículos, le habría dado la vuelta a la tortilla y habría comprado el silencio de más gente. Todavía seguiría jodiéndonos la vida a todos, sobre todo a mamá. Elegiría sus médicos, sus tratamientos.

No elegí a Green por encima de ninguna de vosotras. Estaba eligiendo seguridad a largo plazo.

—¿Y si Fleur hubiera acabado gravemente herida?

«Señor, dame fuerzas para lidiar con mis hermanas».

—Joder, Mia. Tuve que tomar una decisión y ya no puedo volver atrás. Si no me hubiera quedado con Green... papá habría descargado su ira sobre todos nosotros.

—¿Alguna vez te pegó?

Me vuelvo hacia ella de golpe, con los ojos abiertos por la preocupación. Todo lo que creía saber sobre su relación se tambalea.

—¿A ti te pegó?

—Nunca —susurra—, pero tus moratones del fútbol siempre coincidían con las bajadas en el precio de las acciones.

Hago una mueca ante los recuerdos que me cruzan la mente. Ante unas manos crueles que deberían haber sido cariñosas.

—Tienes dieciséis años, M. Ni siquiera deberías preocuparte por saber lo que es el precio de una acción.

—Ah, no, si me da igual. O sea, me la suda completamente.

Sonrío, ignorando el ardor que siento en las piernas.

—Genial.

Aumento la velocidad de nuevo con la esperanza de que el fuego que siento en las piernas queme la confusa mezcla de emociones que me atraviesa el pecho.

Un día más superado. A saber cuántos quedan.

Corro hasta que me falta tanto el aire que apenas puedo despedirme de Mia cuando se va, hasta que logro aferrarme a esa pequeña esperanza que considera que estoy lo suficientemente cansado como para dormirme rápido esta noche.

Me había acostumbrado a acompasar mi respiración con la de Ophelia, a querer dormirme solo para despertar a su

lado. El salvaje cobre de su pelo era mi amanecer, y esos dos hoyuelos tortuosos en la base de su espalda eran mi ancla a la realidad.

Ahora solo el peso de mi confusión y arrepentimiento descansa en la almohada junto a mí.

La traición de Ophelia no es suficiente para que la odie. Con artículo o sin él, la quiero. Y no sé cómo hacer que eso desaparezca.